HÉROE EPONIMO Y OTROS POEMAS AMERICANOS

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

HÉROE EPÓNIMO

Y. OTROS

POEMAS AMERICANOS

SEGUNDA EDICION



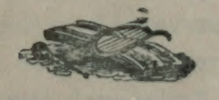
QUITO - ECUADOR
Talleres Gráficos Nacionales
1923

Alejandro Andrade Coello

HÉROE EPÓNIMO

y otros

Poemas americanos



QUITO - ECUADOR
Talleres Gráficos Nacionales
1922

Héroe Epónimo

I

La mañana del siglo diez y nueve
se despereza umbría, en la negrura
vecina de la noche. La pavura
aflige todavía. ¿Quién se atreve
a mirar horizontes despejados?
Alcázar que sus torres agiganta,
la majestuosa ciencia
entre nubes se oculta. La conciencia
sus hierros no quebranta
ni vuela el pensamiento. No la santa

libertad es un himno de dulzura
en tierra americana. Da tristura
la sombra matinal, muriente beso.
—¿Y la Madre nativa?
—Sin libertad ¿la Patria estará viva?
Los problemas audaces del progreso,
conquistas del estudio y de la idea,
que a las cumbres del éxito encaminan
a las razas y prístinas edades,
a remotas naciones y ciudades,
no se han planteado aún.
Como un espeso
manto desde los Andes extendido,
antes que el sol haga explosión heroica,
no de otra suerte la centuria estoica
no retesa su brazo entumecido,
ni disipa las brumas de ignorancia,
ni sale de las nieblas del olvido.
Sólo sube al cenit el sol de Francia.
De lejos crepitaron los fulgores
de su hecatombe y conmoción gigante,

postrer clangor de la inmortal tragedia
de Reyes y Bastillas derribados,
que viril preparó la Enciclopedia:
Voltaire al són de hercúlea carcajada,
Montesquieu con el genio de las leyes,
Rousseau con su doctrina emancipada.
París, la mensajera de los siglos,
promulgó sus derechos salvadores,
clarines que en la América vibraron
y a somatén tocaron,
de Ilíadas modernas precursores.

Pero América aún no despertaba:
gravamen económico era yugo
que oprimía, que atroz decapitaba
al pueblo, como el hacha del verdugo.

Mas el alba por fin radió en la senda:
empezaron sus suaves resplandores
a presagiar un siglo de leyenda,
ungido por preclaros luchadores.
Flamea el estandarte de Miranda,

el mártir precursor de la demanda.
Calderón electriza en la contienda.
Llaneros invencibles, Sucre, Páez.
Ricaurte y Girardot, Córdova y Rivas,
tamizan su valor, sublime empeño,
legándonos su sangre y sus virtudes.
¡Tántos, tántos que en cárceles nocivas
y en duros hierros doman a la muerte!
D'Eluyar, Urdaneta, Piar, Bermúdez.
Valdés, Silva, Lamar, Miller, Cedeño,
tántos, tántos, asombro del más fuerte.

Quito, la altiva, la gallarda Quito,
lanzó primera de batalla el grito:
su protesta y martirio, en universos
de amor patrio se funden. ¡Qué de esfuerzos
en la épica misión republicana!
De Quito la audaz Junta Soberana
al de Castilla Conde mayestático,
viejo león de prístinos blasones,
depone al punto. Libertad y Patria,

divisa de quiteños corazones.
Hundióse en sangre esclavitud aciaga,
con la ofrenda de Torres, Madariaga,
Pombo, Caldas y Roscio. ¡Qué raudales
de martirio apostólico, en lid maga!
¡Oh, Ascázubi, Salinas y Morales!
¡Oh, santos de la Patria redimida!
Sin paz ni libertad ¿vale la vida?
A la voz de Bolívar, vibra el sable
de Anteos mil, de brío formidable.
Cual columna miliaria
que marca el derrotero
de la heroica humanal carrera diaria,
tal, desde Venezuela legendaria,
con su cuadro de expertos capitanes,
marca, en la gloria, gesta de titanes,
Bolívar, el soldado de Colombia.
¡Visión excelsa! Redimir a un mundo
columbra, cual en vuelo sin segundo.

En la eterna colina está de hinojos
juvenil Prometeo de los Andes,

paseando, como un águila, sus ojos—
llevado de fastuosa fantasía—
por esta tierra encadenada un día.
Y no es de libertad un simulacro
de Bolívar la jura: el Monte Sacro
es visión del Olimpo:
el padre de los dioses desafía:
tiembla el Empíreo, el Universo calla:
América es el campo de batalla.

Incansable adalid de las proezas,
quizá poeta-mundo,
con brazo armipotente
la epopeya forjó de un Continente.
Su numen de augustal atrevimiento
y de saber como estadista alguno,
recorrió, con fogosa galanura,
las épicas leyendas del tribuno,
las vibraciones todas del caudillo
el apolíneo encanto—solar brillo—
del iris de los genios de nobleza,

con visos espectrales de tersura,
y sin igual dulzura
que vierte la probada gentileza,
en cien combates, rayos de presteza,
en cien obras de asombro y de bravura.

II

¡El Genio! ¡Cuánto puede! Se delira,
al evocar por él la augusta Roma
y la Grecia inmortal, clásico aroma
que embriagó a Olmedo, el de la ingente lira.
Siguiendo a la belleza, en torno gira
de un ensoñado alcázar: así doma
la rastrera pasión, el mal que asoma,
envidioso y rugiendo, henchido de ira.
Vencedor de sí mismo en la palestra,
la espada empuña con altiva diestra,
cura dolores y remedia males,
y escala los peldaños inmortales,

entonando proteica melodía,
de Marte triunfador en claro día.

Impelido del estro sacrosanto,
el héroe a lo infinito avanza, avanza,
y le cubre risueña la Esperanza
con los pliegues lujosos de su manto.
Al trono de la historia, eterno y santo,
los arranques sublimes de su andanza
llegan, y del talento la pujanza
y el eco belicoso de su canto.
Mimado de los pueblos, es atleta,
que, a la luz de su Musa refulgente,
de Minerva y Belona la alta gloria
con brillantes palabras interpreta,
bebiendo inspiración en amplia fuente,
inmortal en los fastos de la historia.

Son los héroes cual mares de grandeza,
de sociego o de súbita mudanza:
remedan la emoción y la templanza,

la impresión de placer o de tristeza.
Su agitación continua, su viveza,
empuje son del genio que se lanza
a conquistar su prez en lontananza:
olímpica diadema a su cabeza.
Las olas con su embate majestuoso
imitan de su lid la efervescencia
y el choque de su empresa de coloso.
De su membrudo sér, la inteligencia
audaz, soberbia, hasta los cielos sube
como tromba marina, como nube.

Va copiando en el libro del progreso
lo que el mortal juzgó de más valía:
honor, deber, derecho, hegemonía,
lo que la mente tuvo de más peso;
pinceladas que causan embeleso;
la eclosión popular y su alegría,
rasgos de abnegación y lozanía
que destierran lo ruin, torpe y avieso;
días serenos de indecible encanto,

victorias y cambiantes: lo infinito,
los celajes de amor para el guerrero.
Describe la osadía y el espanto,
desde los goces del valor primero,
hasta las tristes rotas del proscrito.

En el azul de esferas esplendentes
luce el sol que fecunda estéril suelo,
luminar que, inundando de consuelo,
alumbra la región de los vivientes.
Por la vía moral de los conscientes,
el héroe de la gloria y del anhelo
es aquel astro que disipa el velo
del temor, que es tormento de las gentes.
Domeña pueblos grandes y pequeños
abate de Dracones la osadía,
la Libertad buscando, que es su meta.
No son locos ni osados sus empeños
al conquistar los reinos de utopía,
ya conductor de pueblos, ya profeta.

III

Bolívar es epónimo: su estirpe
y su raza, señoras de naciones.
Paseó su valentía por las cumbres,
digno retoño de la augusta Iberia.
Dominó toda cima. . . . . El Chimborazo—
de los Andes gigante el más erecto—
fue colega: Bolívar su delirio
le confió. . . Como de águila el vistazo,
abarcó cuánto es dado en su apogeo,
inspirando a Ricaurte en San Mateo.
Fue volcán su cerebro: los destinos
de Colombia la Grande él encendía,
encerrando el calor de una centuria,
removiendo sus íntimas entrañas.
El provocó—pues su cabeza ardía—
fiera explosión en todas las Españas.

Al retumbar de aquella voz tonante,
se desplomaron rotas

las cadenas que oprimen y que matan,
por más que de la torpe tiranía
el remedo incesante
hundió a los pueblos en «gobiernos de hecho»,
que olvidaron la herencia de Bolívar:
la unión, la libertad en el derecho.
«He arado en el mar», epifonema
que de vergüenza quema
el rostro de la América. Bolívar
apuró cruentos males: el acíbar
del olvido, la hiel de ingratitudes.
Poseyendo perínclitas virtudes,
fue tenido por reo de codicias,
por loco temerario.
Siempre en la patria derrochó su erario
y escogió sufrimientos por delicias.
El Vigésimo siglo, estupefacto,
oye a un hijo de América: le llama
«epiléptico, enfermo e impulsivo,
con estigma de los degenerados,
que atavismo le inflama

y su cerebro no es de equilibrados». (1)
«He arado en el mar, en el salobre
mar de injusticias, piélago de inquinas,
donde fermenta la pasión mezquina»,
tal meditó el Libertador de un Mundo.
Habla el genio: en su torno
hay silencio, atención, pasmo, extrañeza:
—Desdeño, dice, al que cobarde arrastra,
cual reptil, por el fango su cabeza;
abomino al que siempre va a la rastra
y ni un ápice gasta de nobleza.
Con altivez se obtiene la victoria,
levantando del polvo nuestra frente.
Jamás puede mirar nimbos de gloria
quien la cerviz doblega humildemente.
Escudo del honor es la soberbia;
espada del valiente es el desprecio.
Medianías devuelven la protervia

(1) Palabras tomadas, con ligera variante, de un escandaloso libro que anda por ahí con pretensiones de estudiar a Bolívar com. epileptiforme, etc.

y contestan la cháchara del necio.
Sólo águilas se posan en la cima,
a donde no ascendió el escarabajo.
Jamás el corazón de clara estima
el insulto recoge del de abajo.
El cedro de la selva ve impasible
al arbusto que, abate la tormenta,
que su único rival es el terrible
rayo que en las alturas se presenta.
De cuajo ha de troncharse majestuoso,
haciendo retemblar a la montaña,
más bien que doblegarse. Del coloso
fué morir sin rendirse propia hazaña.
El positivo mérito ¿se digna
contemplar al insecto que le hiere?
Serenidad es clásica consigna:
no hay miedo que vileza le vulnere.
El león, es firme Rey que, cuando ruge
el matador simún, de pie le aguarda,
mientras todo en redor cede a su empuje
y la pobre gacela se acobarda.

La hojarasca esparcida por el viento
se pierde en las regiones del olvido;
mas el hombre de orgullo y de talento
es fénix de las ruinas renacido.

IV

¿Sabéis qué es libertad?, pregunta el «Arbitro
de la paz y la guerra»
al orbe que su verbo fulminante
escucha con respeto exorbitante. . . .
¿Sabéis que es libertad?—Candente rayo
que así nos mata como da la vida,
saludable reacción, letal desmayo.
Como arma de justicia, es bendecida;
si es puñal de venganza, le maldigo,
y si llama de amor, sea bien venida.
Si de ella abusa el bárbaro enemigo,
es, agrega, infernal grito cobarde,
ajeno al corazón de noble amigo.

Libertad verdadera con alarde
el dolo no predica, nunca engaña:
su fuego sacrosanto vívido arde.
Libertad mentirosa ¡cuánto daña
al codicioso que sediento de oro,
se sirve de la astucia y la patraña!
Mas, santa Libertad, es un Tesoro:
capitaliza el alma del honrado
que abriga la virtud y ama el decoro.
¡Salve, tú, Libertad, himno sagrado
que entonan con delirio los poetas,
cual toque de batalla sublimado!
¡Salve, escudo eficaz de los atletas!
Libertad, dón de dioses inmortales,
eres gloria del mundo, eres trompeta,
que anuncias con vigor a los mortales
los triunfos alcanzados cada día
contra vicios y déspotas y males.

V

VENID, bravos campeones de la idea;
venid, almas valientes;
venid, soldados que vibráis la tea
de rayos refulgentes,
que alumbra a las naciones,
redime corazones
y empuja la cuadriga
del progreso, que liga
en santa comunión al Continente;
la tea siempre audaz, iconoclasta,
del pensamiento libre, independiente;
en alas de Pegaso,
llegad ya, desde el Gólgota al Parnaso,
con palmas apolíneas,
con lauros inmortales,
con arpas y timbales
y liras de la Grecia,
a ensalzar a Simón el Legendario,

a Bolívar entre héroes el primario;
a cincelar un himno resonante,
a perfilar un verso,
como una helénica ánfora embriagante,
o como un bronce terso,
tan límpido como aguas del brillante.
Traed la orfebrería,
la rica pedrería,
las gemas del talento
y de la poesía,
para la augusta sien—que todo abarca—
del divino Monarca
del reino del valor y la osadía,
que tuvo por Olimpo perdurable
la cumbre de los Andes intocable,
y por canto, el fragor de las de lumbre
bocas ingentes como esa Alba Cumbre.

Poetas, al Sublime Colombiano,
al tribuno que amó las libertades,
al Padre de la Patria y las edades,

cantad, cantad, porque en la brava liza,
como León que las selvas electriza,
venció sin abatir sus facultades,
cual encina que en recias tempestades
permanece de pie cuando del trueno
se escucha el pavoroso desenfreno.
Al Apóstol de verbo calcinante,
febea la mirada penetrante,
de espada y pluma de oro
que irradiaron del Norte hasta el Levante,
cantadle en su almo día, en adelante. (1)

VI

¡LIBERTADOR! Con eviternas obras,
como guirnalda ubérrima, exornaste
de la patria la sien esclarecida—

(1) El 24 de Julio, que ojalá los Gobiernos decreten sea destinado en la América Hispana como el «Día del Libertador».

la de Cinco Naciones Grande Patria—;
pero ella, agradecida,
inmarcesible lauro
te brinda, con Montalvo y con Olmedo,
Rodó, el Maestro, orfebre de tu credo,
Blanco-Fombona, aliento de centauro,
y Larrazábal, fulminante pluma
que de la historia disipó la bruma.
Lumbreras de lo bello y la palabra,
artistas son, de espíritu anhelante,
tanto el genio que labra
el rebelde diamante,
el bronce duro o el flexible verso,
como el mármol, granito y andesita,
y arranca a la natura sus colores,
taumaturgo que inventa un universo,
con paleta, cincel o gayas flores,
o, al brillo de la espada,
forma pueblos, los aupa de la nada.
¡Bolívar es el alma del esfuerzo!
¡Salve, ínclito espartano,

sin sombra de egoísmo,
como el sol claro! La luz de tu civismo
áurea despunte en cielo americano.

Fuiste como la roca de granito
que en medio de las olas se destaca,
desafiando el furor de la resaca
y el turbio oleaje, pasional y humano,
con poder infinito,
con poder sobrehumano
que a la procela aplaca
y vence hasta el denuedo del hispano.

El ideal de justicia,
hoguera de vestales,
prendióse en tu santuario, y fue, ese fuego,
inextinguible en el altar augusto
de tu gran corazón que olvidó males.
Tu fe, la fortaleza;
libertad, tu delicia;
la igualdad tu nobleza,
y la patria tu madre. Tu leticia,

la tierra americana,
que no más en el piélago tu gloria
hundirá, profanando tu memoria,
cual si arase en el mar, con la pedrea
interminable de los hijos tuyos,
atados de ambición a la coyunda.
¡Oh, Antorcha gigantea!
¡Fresco Laurel de la epopeya humana!
¡más grande aún por ser laurel de hispana
selva sagrada, que el honor fecunda!

Héroes Ignotos

A los héroes sin nombre que en Pichincha cayeron, hace un siglo, peleando como buenos, el 24 de Mayo de 1822.

El fulgor de Pichincha.—Ansiedad de Quito al seguir la suerte de las armas.—Su justo alborozo.—Descripción de la Batalla del 24 de Mayo.—Loor a Sucre.—Recuerdo de Ayacucho.—Episodio del Comandante quiteño José Bustos.—Gloria de Abdón Calderón.—Visiones del héroe: su agonía.—Luchadores juveniles.—Sonrisa del sublime Teniente del Yaguachi a los soldados ignotos.—Obras de autores ignorados.—Bendiciones al obscuro patriota quiteño.

Como en boreal fulgor, Pichincha estalla
al fuego de Siná de la batalla.
Suenan clarines, el cañón retumba,
y alternan, de aquel monte a Panecillo,

entre grita y tropel atronadores,
las huestes, los corceles y metralla.
Despierta la ciudad, su ansia restalla,
y el duelo sigue de ínclitos mayores,
con los vaivenes del combate.—Tumba
de espartanos la gloria,
en sus brazos estreche al que sucumba,
le cubra a cada paso de laureles
y burile, en los libros de la Historia,
valor y sacrificio de almas fieles.
¡Fuente de abnegación, nunca mitigue
su borbotar en pechos sin escoria!

¿Cómo negar que savia de Pizarros
bulle en la roja sangre americana?
Regaron la simiente de la encina
en las vírgenes playas ¡Qué bizarros
crecieron los ramajes! Castellana
es de aquel árbol la raíz genuina
que arrancar no podrán las implacables
centurias. De esos troncos formidables,

desde México de áureos resplandores
a la fértil y espléndida Argentina,
se reprodujo selva dilatada
de heroicos luchadores,
en gesta sorprendente y peregrina,
en contienda magnífica y porfiada.
En la selva sagrada,
Bolívar, el gigante, más culmina,
y brillan San Martín, Belgrano, Céspedes,
Hidalgo, Morazán, Martí, Morelos,
y Artigas y Maceo y Agramonte;
los de ayer y los de hoy, que hasta los cielos
alzan su brazo, en cárdeno horizonte.
No combatieron contra estirpe extraña:
que se enfrentaron con la augusta España.
Resolución de aquel Pizarro extinto
es ley hereditaria de los bravos
que no más permitieron ser esclavos.
Fulge el acero, tinto
en sangre hispana, sangre de hidalguía,
de soberbia, tesón y valentía.

Grabado, como en piedra de Tirinto,
nuestro honor vivirá, que es gallardía
sacudir los aflictos cautiverios
y emular, a porfía,
a la progenie audaz de Carlos Quinto,
cuyo sol no se puso en sus imperios.

El Pichincha se yergue soberano,
cual Tabor y Calvario de adalides,
testigo del fervor republicano
que, por lustros, disputa con la espada
el ideal del Ejército patriota.
Si en algún trance conoció la rota,
peleando, al tremolar de sus blasones,
en más de cien palenques la victoria,
a merced de esforzados y valientes,
honró sus armas y su leal memoria.

De tal presea se alboroza Quito,
y en el *Tejar* sus grímpolas arbola;
irrumpe a coronar a sus guerreros,
con la febril agitación de una ola,

del vencido admirando lances fieros,
y audacia de bizarros capitanes,
digna prole de Cides y Titanes.

Empavesada, luminosa Quito,
«¡Loor a Sucre!» es tu inmenso, ufano grito.

Desplegadas las ínclitas legiones,
ascienden otro altar de su campaña.
El último, culmina en Ayacucho,
donde el Virrey *La Serna*
y de la Iberia viejos generales,
abaten tradiciones colosales
ante Sucre, magnánima y superna
figura de ternezas virginales.

¡Oh, virtud, depurada en los crisoles
del carácter y el bien! ¡Oh, inmaculada
vida del Cumanés, de honrosa espada!
Tu santidad repetirán los ecos
en Pichincha, Ayacucho . . . . . y en Berruecos.

Dechado militar, tu clara ciencia,
da remate a la lid de Independencia.

Para siempre rompida
la secular cadena en Ayacucho,
endereza la rúa antes torcida
la América: creciendo el aguilucho,
remonta el Continente en refulgencia.

La Gran Colombia en el Pichincha un día
proclamó su sagrada autonomía,
fausta mañana del florido Mayo.
En la cumbre riscosa, qué inaudito
de Marte el ardimiento:
la redención de Quito,
del patriota es rebelde pensamiento.
Recrudece el embate sin desmayo:
el *Albión*, como un rayo,
cubre un ala del *Alto Magdalena*;
el *Yaguachi* rechaza a los realistas,
con viril actitud. ¡Oh cuán serena
la sin igual escena!

Palidecen los hijos de Pelayo,
al fragor de la carga irresistible.
El *Trujillo* y el *Piura*
dan muestras de obediencia y de bravura.

¡Aun libertad falible
es grande entre las épicas conquistas!

Adversa hispana tropa está en cendales,
destrozados sus prístinos pendones,
y lanzas y fusiles en aristas,
por Santa-Cruz, y Mires, y Morales,
con los bravos de Chile:
por el Perú, Bolivia y Argentina,
la olímpica y gentil Nueva Granada,
y la patria gigante y colombina,
que columbra su aurora emancipada.

José Bustos, magnánimo quiteño,
que ambula ciego en la región de Coro,
rueda herido: su sangre es cual tesoro
que el caudal enriquece de su sueño

de libertad, que es su más firme empeño.
Aun caído reacciona,
y su altivez pregona,
porfiado centinela
que en el vivaque mora siempre en vela.
No rehuye difíciles acciones
por la Quito gentil, su amor primero,
y su segunda patria, Venezuela.
A veces prisionero,
logra evadirse, que acudir anhela
a Junín, Colpahuaico y Ayacucho.
Cual formado de acero,
las campañas templaron su carácter:
fue un ejemplo de austera disciplina.
Acompañó a Urdaneta: así, constante,
segundo Comandante
es con honor, cuando su edad declina.

Córdova, el juvenil, llegó a la cima:
su ejemplo es el cordial que les anima.
El *Paya* lleva en alto

la tricolor bandera. Sobresalto
de muerte invade al *Aragón* sañudo,
y el traidor López tiembla espavorido.

Cada pecho patriota es férreo escudo:
allí se embotan los hispanos tiros.

¡Oh, convicción, resorte de las almas!
La fe en el triunfo es acreedora a palmas.
Luchar por el honor de su estandarte,
tanto es numen de guerra como de arte.

Un niño inmortaliza, entre las breñas,
del Pichincha, la cívica agostada,
justo pasmo de todas las enseñas,
realistas y patriotas,
asombro de Aimerich y sublimada
por Bolívar, el genio y el poeta.
La justicia es su dogma, y lo interpreta:
«Tendrá la Compañía del Yaguachi
por Capitán, el único y perpetuo,
al ascendido póstumo, el Teniente,

cuatro veces herido y resistente;
roto brazos y piernas;
cuatro veces el blanco de las balas».

¡Tánta energía, llene con sus galas
bellos poemas de emoción ferviente,
retesando, en las páginas eternas
de la Historia del MUNDO INDEPENDIENTE,
de la RAZA las ligas sempiternas!

¿Qué visión entró en tu alma, adolescente?
Enlutada tu madre, en infortunio
llora allá su viudez. Tu infancia triste
del manto de orfandad ¡ay! se reviste.
Al claro Guayaquil de tus mayores
cubre el duelo. De Cuenca los alcores
desolados están, que a sus pensiles
el humo marchitó de los fusiles.
¿Qué cuadro más allá? La sombra augusta
de tu padre te llama. No es en vano,
—cual de los siglos silencioso arcano—

su martirio, fecundo en fortaleza,
en estoica entereza,
en filial norma y en sanción potente,
voz del hogar y antorcha inextinguible.
Sámano, Sámano, el Virrey terrible,
le manda fusilar bárbaramente.
Francisco Calderón, alta la frente,
desafía las furias del tirano.

¡Soldado juvenil!, tu juramento
vibró en Pichincha con marcial acento

La juventud obra prodigios: lanza
sus potros en carrera,
en pos de acciones grandes:
le impulsa la esperanza,
y va del Orinoco hasta los Andes.
Juventud los peligros desafía:
helénico estoicismo es su alegría.
En su ruta de audacia,
transforma a la desgracia

en positivo amor y en complacencia,
enalteciendo hasta la ruin herencia.

¡Bolívar, Calderón, Córdova, Sucre,
de excelsa juventud predestinados!
Son varones mimados,
que una estela de luz trazando al mundo,
del martirio al hundirse en lo profundo,
cumplieron su misión de iluminados.

¡Oh, dioses de Juvencia,
estímulo eternal de la conciencia!
Primavera lozana,
cuando tu fuego de vestal revive,
como de Grecia lumbre soberana,
Monte-Sacro, Siná, Junín, Pichincha,
donde alborea libertad humana,
son los testigos del ideal que vive.

Calderón, fatigando a la leyenda,
sin vigor se desploma, no vencido,
cuatro veces—ciclópea contienda—

se ríe de la muerte;
cuatro veces su sangre a Quito ofrenda.

¡Un niño ecuatoriano, en la ardua senda,
entre mil gladiadores, el más fuerte!
Su garganta, que ahoga la agonía,
apaga un vítor a Colombia libre,
como postrera y dulce melodía,
y sus labios musitan la plegaria
a la patria, cual trova de un felibre.
Todo el anhelo de temprana vida
y su acción juvenil, de ensueños plena,
cifró en oír la voz que a su alma ordena
el afecto filial. En su partida,
a su madre natal y al padre amado
invoca: el deber les ha vengado.

Cual gloriosa mortaja,
una bandera nacional le envuelve;
y si al sepulcro baja,
alienta en los sinceros corazones
que inclinan, al nombrarle, sus pendones.

Ofrenda Calderón una sonrisa,
de cariño que atrae,
a la masa que, heroica e imprecisa,
sin fama ni divisa,
cumple en silencio su consigna, y cae
transformada en puñado de ceniza.

El palpó la epopeya del obscuro
soldado que sucumbe en suelo duro
o en el hondo barranco,
vil carne de cañón, echada al flanco,
escarnio sólo de la suerte impía.
Su corazón es puro,
sin interés su arrojo y osadía.
Surgió del pueblo, del montón ignaro,
modesto, sin hogar y sin linaje,
del infortunio ultraje,
que, de etapa en etapa,
siembra valor y con su sangre empapa
del Pichincha las faldas; héroe ignoto,
cuyos huesos blanquean como un ampo

que, olvidado a la vera del camino,
viajeros pisotean. ¡Monte, campo,
selvas, llanuras, ríos y quebradas,
aldeas olvidadas,
regados de cadáveres sin nombre,
como cruel ironía del destino,
ocultan del sublime peregrino
acciones, sacrificios y jornadas!

¡No importa! que la gloria es para el hombre
perecedera como flor de espino!

¡Qué anónimas empresas,
pirámides de autor desconocido,
desvelos y proezas,
el tiempo en su turbión ha confundido!
¡Oh, catedrales del esfuerzo humano,
poemas populares, joyas de arte!
¡Oh, grandiosas *Ilíadas* de arcano!
¡Oh del Genio ignoradas creaciones!
¿Quién os pule? ¿Brilló en alguna parte

el homérico mito,
el numen infinito
de aquellas inmortales concepciones?

Ni la humilde violeta,
ni el canto del poeta,
ni la oración sencilla,
ni tosca cruz, guirnalda o florecilla,
han de llover sobre la tumba ignota
del obscuro patriota,
del que ayudó, con denodado empeño,
a forjar una tierra emancipada.

¡Mártir callado! Surge de la huesa,
no a recibir tardíos homenajes
que ingratitud sopesa,
sino a mirar de tu obra la armonía.
¿Quién conoce tus hondos sufrimientos
ni la moral tortura,
la cruel melancolía
que, en ondas de amargura,

sofocó tus más caros pensamientos?
¡Atroz peregrinaje
el tuyo por parajes de tormentos!
Del oasis de estímulo que alienta,
del consejo que orienta,
no supo tu carrera transitoria.
En la noche naciste sin historia;
entre las sombras del desprecio has muerto,
que tu apellido y tu valer son noche;
conjetura, no más, tu nombre incierto,
que no mueve a loanza ni a reproche.
¡Qué negro interrogante el de tu sino!
Los mortales con suerte,
quizá los que explotaron tus acciones,
te han pisado tal vez. Tu cuerpo inerte,
¿sirvió, como otros tantos escalones
para alzar al más fuerte,
aunque no al de más puras intenciones?
Como de gratitud ánfora roja,
bendiciones y lágrimas recoja
aquel innominado héroe quiteño

que sin lauros pasó al eternal sueño,
recorriendo, en tristísima congoja,
el vía crucis atroz de su jornada;
que sin renombre se perdió en la nada.

Alborada del 24 de Mayo: 1922.

Castilla

TIERRA de los heroísmos espirituales,
por donde el señor Quijote soñar solía;
tierra de vastas llanuras y de trigales,
que al Nuevo Mundo ha legado su gallardía.

De España es la lengua clásica; pero, con todo,
más de la augusta Castilla, y es castellano
el rumor de la cascada que, en dulce modo,
fluyendo por las Américas, es himno ufano.

Si tremoló su estandarte de gesta noble,
heraldo de caballeros, el castellano,
jamás su acerado pecho—su alma de roble—
se doblegó a los dolores ni fue villano.

Con férvido ritmo laten los corazones,
porque es casa de Cervantes Valladolid.

Y es Castilla cual santuario de tradiciones,
donde justan paladines y asombra el Cid.

Montalvo, adalid indómito, fue, sin mancilla,
maestro en tu claro idioma de pulcritud.
¡Salud, tierra de victorias, prócer Castilla!
El majestuoso Pichincha clama: salud!

La Gran Colombia

COLOMBIA, tu alma es una lira,
multicorde y sonora y de oro,
y en tu mente bulle un volcán.
Tu historia a la epopeya admira;
Bolívar de Ilión es decoro
y Olmedo su homérida imán.

Como el caudal del Magdalena,
el raudal de tu fantasía,
y así tu magno corazón.
Cuando el Tequendama resuena,
canta a su compás tu energía,
himno de América y blasón.

Derramas, como el Amazonas,
tu inspirado cariño a España;

por ella es tu linfa triunfal.
Valor, hidalguía pregonas,
del boscaje a la horra montaña,
del llano infinito al erial.

El Magisterio

Dura sigue la brega. En el camino
despojos de mi sér, como cendales,
flotan. De la verdad soy peregrino
que mi sed sacio en fuentes inmortales.

Contra el peñón del odio y desatino
se estrellaron, a veces, mis ideales;
mas supe derrotar, al fin, con tino,
la hueste de pecados capitales.

Si mi obra queda en ruinas, ¡ay! me alienta
la flor de las ocultas gratitudes
que algún alma cultiva en su santuario.

Y si prosigo en esta lid incruenta,
debo de aquel aroma a las virtudes
que aminoran la hiel de mi Calvario.

Francia

¡MADRE augusta de libres!, tu historia
centellea con lampos de gloria:
decir Francia, es nombrar la Victoria:
triunfa el orbe, si triunfa París.
Si el cerebro es el germen fecundo,
es París protoplasma del mundo,
cual un himno a la vida rotundo,
desde Carlos, el Magno, y San Luis.

La mujer nace en Francia princesa:
Juana de Arco es la Gracia francesa.
¡Cantad todos virtual Marsellesa,
que aletea un gentil Chanteclaire!
Su guerrero sin tacha: Bayardo;
sus filósofos: Compte, Abelardo.

El padre Hugo es el órfico bardo.
La ironía son France y Voltaire.

Flor de heráldico lis en su estancia,
cual emblema de honor y elegancia,
blasonaron señores de Francia,
de la gesta del bravo Roldán.
Su Olifante es clarín sin mancilla.
Servidumbre a tus hijos no humilla:
derribaron la enorme Bastilla
y prendieron de amor un volcán.

¡Francia! ¡Francia! ¡Justicia del globo!
¡Que tu ley nos proteja del robo!
Tu amistad, como abrazo del probo,
es fraterna y perenne igualdad.
Madre augusta del mundo, tu historia
claro ejemplo es y eterna memoria:
decir Francia, es un himno de gloria:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Quito: 14 de Julio.

Mi Patria

CIELO azul de indecible transparencia,
montañas que le besan a porfía,
noches que copian el fulgor del día,
selvoso mar, volcanes de ignescencia;

Mujeres que retratan, con sapiencia,
en sus ojos, del cielo la alegría,
en sus labios, frescor y poesía,
y en sus pechos, de cráteres la ardencia;

Nidal de genios, cual Mejía, grandes;
pueblo que anida entre los níveos Andes,
que viste de esmeraldas la pradera
y con flores ubérrimas la aroma,
tal es mi Patria, que del iris toma
triple matiz y fija en su bandera.

Paz y Trabajo

En el Centenario de la Independencia de Venezuela

I

¡VENEZUELA! ¡Guirnalda redentora,
tejamos para tí, progenitora,
de homéricos atletas!
¡Salve, ilustre Señora,
que el estro de pindáricos poetas
fatigaste! Tus triunfos y osadía,
en oro los grabó la patria mía.

Venezuela inmortal, valor y numen:
las letras y las armas luminosas
se dieron cita, en juvenil resumen,
en tus tierras ardientes y frondosas.

Baralt y Villanueva
al saber rendirán su vida toda,
y Luis Level de Goda,
con González Guinán y Larrazábal
trazarán una historia lisonjera;
Azpurúa y Tejera
darán a su narrar tono ilustrado;
y Lizandro Alvarado
ha de rememorar federal éra.

Cuelga su espada en el hogar sagrado
el bravo Páez y su vida traza.
Antonio Olavarría
entre su pluma enlaza
los hilos de sutil psicología;
Cecilio Acosta con su verbo inflama
la libertad que con amor pregona.
Desde Chile, la ciencia del derecho
Andrés Bello derrama,
y a la Tórrida Zona
dedica los cantares de su pecho.

Los Calcaño tributan a la lengua
de Castilla una heráldica corona.
¡Cuántos, cuántos—raudal de galanura—
deslizaron de su literatura
un anchuroso río,
del arte en el eterno señorío!
¡Cuántos, cuántos, espíritus rebeldes,
lanzaron formidable
grito contra groseras tiranías,
en la enferma inacción de nuestros días!

II

MADRE augusta del ínclito Bolívar
y del sin suerte precursor Miranda,
si ingratitud la copa del acíbar
brindó a tus hijos, en lejanas playas
el Ecuador abrió, como un santuario,
su corazón, de Sucre relicario.
Olmedo fue el heraldo de hechos grandes,

y su lira que evoco,
de la margen del Guayas
armoniosa resuena al Orinoco,
y estremece la mole de los Andes.

III

SE ESFUMAN las leyendas de victoria
que centauros llaneros, lanza en ristre,
al fuego de ardoroso patriotismo,
propagan por el mundo americano,
en las épicas alas de la gloria,
de nuestros padres fuente de civismo.
¡Un siglo! ¡Qué de luchas
de campeones helénicos! El canto
de libertad, como himno de combate,
resuena por América. ¡Cuál late
el generoso corazón de Quito,
la primera que el grito
atalayó inmortal! ¡Héroes brotaron,

como un bosque, en las tierras tropicales,
a ceñirse de lauros inmortales!
¡Un siglo! De titánicas pujanzas,
ofrecidas en aras de la patria,
sublimes remembranzas
guardan los hijos de Colón. La idea,
como lluvia bendita,
las fecunda en la lidia gigantea
de paz y de trabajo, no en maldita
contienda fraternal, que debilita
el vigor de una raza,
pronta a morir, sin miedo ni coraza,
si en el campo de honor con fe milita.

IV

Después de larga noche aterradora,
ya despunta la aurora peregrina.
Patria, despierta: del trabajo es hora.
Cese la ignara maldición, la inquina.

Tus espesas montañas
descorran su cortina
y los misterios de su fauna y flora.
Hábil mano desgarre tus entrañas,
tus selvas y marañas,
y las vuelva llanuras de sembrío.
Muestra, Patria, tu luz y poderío.
El libro y el periódico rediman
a la ciega conciencia
encerrada en la cárcel del misterio.
Termine el cautiverio
del honor y la obscura inteligencia.
¡Basta ya mitológica creencia!

Abrase paso el bienhechor progreso
y cobre el genio agrícola más brío.
Resuene por doquiera
el himno de la industria que es proceso
de grandeza futura.
¡Vivamos noblemente y con holgura!
Haz sentir tu energía. Ceda, al peso

de la barra y la pica, la honda hullera,
y exhiba su negrura
el carbón que a las máquinas da vida
y anima la canción de la caldera.

¡Patria, despierta! Juventud, ya es hora
de explotar la riqueza que escondida
lleva en su seno virginal y hermoso
la sultana de Oriente,
que el pito de la audaz locomotora
espera ansiosa para alzar la frente
y entonar epinicio vigoroso,
de Natura en el templo majestuoso.
Quiero digas al mundo que eres grande,
y que pueden tus hijos
cruzar de rieles villas y cortijos
y perforar el Ande,
arrancando a la tierra
todo el tesoro ecuatorial que encierra.

De piquetas y de hachas el sonido,
el rebramar constante

del motor y del aire comprimido,
el impulso gigante—
vigor de rayo y retumbar de trueno—
de la corriente eléctrica y las pilas
que alegran los talleres por ensalmo,
son más dulces que el treno,—
plegaria sollozante—;
más prácticos que el salmo,
en templos do las fuerzas aniquilas
y no luces tus galas ni rutilas.

¡Oh, Patria! Más sublimes oraciones
las del trabajo son, que devociones
estériles y añejas,
que colman la memoria de consejas!

En las nuevas, augustas catedrales,
se eleva al cielo antífona divina,
envuelta en las espesas espirales
del petróleo, carbón y gasolina
que, sacerdotes de la industria humana,

ingenieros, artistas y operarios
manejan con unción noble y cristiana.

¡Oh, mira cuán grandioso aquel santuario!
Un órgano resuena: es el martillo,
son la sierra, la lima y el gatillo,
instrumentos de música tranquila.
Se levanta un esbelto campanario;
pero, en vez de la esquila,
resoplan los negruzcos borbollones
del vapor y fragmentos de carbones.
Todos oran allí, porque trabajan....

Sus mejores pebetes y cantares—
el humo de las grandes chimeneas—
el rito no rebajan,
sino que, traspasando los altares,
se encumbran al cenit, cual la plegaria
del siglo de satánicas ideas,
del radio, el automóvil, los sin hilos
telégrafo y teléfono, de naves

aéreas, hidroplanos, dirigibles,
milagros de la ciencia visionaria.

Falange de soldados, Patria mía,
soldados de la luz y del progreso,
necesitas, que marchen sin temores,
con audacia, talento y energía,
por entre el bosque espeso,
cruzando los torrentes mugidores
las quebradizas faldas,
hasta salir al mar por Esmeraldas.
Después, venciendo a la feraz Natura,
domando de las fieras la bravura,
trepando abruptos montes,
irá en pos de risueños horizontes,
a la conquista del Dorado ingente:
las feraces regiones del Oriente,
do el Napo, el Marañón, el Amazonas
demuestren la riqueza que pregonas.

Libertad nos legaron nuestros padres
derramando su sangre generosa;

mas ¿cómo conservar la herencia honrosa?
—Laborando sin tregua. Quien trabaja
no humilla su cerviz ni se rebaja.
Trabajar es vencer. Reunir dinero
es fuerza, es libertad, virtud y fama.
El oro es Cristo, Buda y Dalai-Lama;
el ocio, despreciable pordiosero.
El credo de la humana inteligencia,
el dólar, en el siglo de la ciencia.
La pobreza, cual la última derrota,
vicios engendra: es madre del ilota.

¡Oh, Patria! la indigencia
cría siervos y mata la conciencia.
Seamos opulentos,
y obraremos portentos.
¡Vivamos con holgura y con decencia!
Que la prensa trabaje—
sin máscara de insulto ni de ultraje—
en obras de provecho,
con abnegado pecho

venciendo a la salvaje
irrupción de ignorancia y de pereza,
de mentira y vileza,
que la empresa más santa enloda y vicia.
La ley del pensamiento es de grandeza.
La estupidez humana
es fiera como el mar. El periodista
lidiará sin cesar por la conquista
de la cultura y libertad. Mañana
justicia hará la historia soberana
al gladiador que en tierra de protervos,
do el odio ruge y la calumnia impera,
derrotó la quimera,
aclaró la conciencia de los siervos,
flageló al mal. Sus indignados verbos
serán de la verdad eterno hosanna.
Basta ya de luchar estérilmente
en guerras fratricidas.
Ni locos ni suicidas
somos para destruir, con voluntaria
mano, la vida nacional reciente,

dando muerte a los pueblos temeraria.
Que te alumbre y proteja, noche y día,
el ángel de la paz ¡oh, Patria mía!

V

Y TÚ ¡oh Venezuela!
panal do el genio saboreó tu almíbar,
aun sin héroes, ni mártires ni gente,
serías esplendente,
con sólo ser la patria de Bolívar.
De tu apoteosis, viva
sin mancilla la historia,
y sea tu memoria,
como tus golfos, grande,
y un nuevo centenario
celebres de la paz en el santuario,
con trabajo sin sangre, que es victoria.

INDICE

OBRAS

DE

Alejandro Andrade Coello